

ANÓNIMO

EL ABENCERRAJE Y LA HERMOSA JARIFA

FLOR DE ROMANCES

Escogida entre los de Abindarráez, Jarifa y Rodrigo de Narváez

INDICE:

I

II

III

IV

V

VI

VIIa

VIIb

VIII

IX

X

...

XIIb

XIII

XIVa

XIVb

XV

XVI

XVIIa

XVIIb

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIVa

XXIVb

XXV

...

XXVII

XXVIII

XXIX

I

Rodrigo de Narváez guarda la frontera

En el tiempo que reinaba
el Infante don Fernando,
que del reino de Aragón
fue después Rey coronado,

en España residía
un caballero esforzado,
que Rodrigo de Narváez
fue de su nombre llamado,

que a todos los de su tiempo
en valor se ha aventajado;
y entre las cosas que hizo
adonde más le ha mostrado,

fue cuando ganó a Antequera
el Infante ya nombrado;
y así, de Alora y de ella
por alcaide le han dejado,

donde estuvo mucho tiempo
con algunos hijosdalgo,
muy valerosas empresas
contra moros acabando.

Pues como la ociosidad
nunca en ellos ha reinado,
saliéronse nueve juntos
una noche del verano,

del murmurar de los vientos
apacible convidados,
y de la luz de la luna
a la salida incitando,

por ver si tienen descuido
los de su bando contrario,
o si sale alguno de ellos
en la noche confiado [...]

II

Cabalgata nocturna, bajo la luna, de Rodrigo de Narváez y los suyos

Al campo sale Narváez,
vasallo del Rey de España
y alcaide de Antequera,
con ilustre cabalgada;

todos a punto de guerra,
de gran nombradía y fama,
salen por topar los moros
haciendo alguna emboscada:

La media noche sería
y la tierra en silencio estaba.
Narváez se sube al otero,
de allí la luna miraba;

tan clara estaba y serena,
que de vella se admiraba.
La noche parece día,
según el cielo mostraba;

el camino por do iban
en dos caminos se aparta
[...]

III

Abindarráez, vistosamente ataviado y con ricas armas, sale por la noche en busca de Jarifa. Los caballeros cristianos de Rodrigo de Narváez, al acecho, contemplan admirados la bella estampa del moro cantando los amores con su dama

[...]

Métense en una arboleda
muy hermosa, que allí había.

Desde a poco rato vieron
venir con gran osadía
un valiente y gentil moro
de hermosa filosomía,

en un caballo ruano,
poderoso a maravilla,
amenazando los vientos
con la furia que traía;

que la silla con el freno
eran de grande valía,
con muchas borlas de grana,
demostrando el alegría

que llevaba el fuerte moro,
y en lo demás que traía:
las cabezadas, de plata,
labradas a la Turquía;

un caparazón bordado
de aljófar, que relucía,
y los estribos dorados,
aciones de seda fina.

El moro venia vestido
con extrema galanía,
marlota de carmesín,
muy llena de pedrería;

un albornoz de damasco
cortado de fantasía;
una fuerte cimitarra
a su costado ceñía;

el puño, de una esmeralda;
pomo, de piedra zafira;
la guarnición es de oro;
la vaina, de perlería.

Una adarga ante sus pechos,
de fuerte piel granadina,
a la morisca labrada;
una luna por divisa;

lleva el brazo arremangado
que muy fuerte parecía;
una lanza con dos hierros,
que veinte palmos tenía;

con aquel brazo herculeo

fuertemente la blandía.
Rica toca en su cabeza,
que tunecí se decía;

con las vueltas que le daba,
de armadura le servía,
con rapacejos colgando,
de oro de Alejandría.

Parecía el moro fuerte
un Héctor en valentía;
iba en todo tan lozano,
y tan lleno de alegría,
que con una voz graciosa
aqueste cantar decía:

En Granada fui nacido
de una mora de valía,
y en Cartama fui criado
por triste ventura mía.

Tengo dentro de Coín
las cosas que más quería,
que es mi bien y mi señora,
la muy graciosa jarifa.

Hora voy por su mandado,
do muy presto la vería,
si le placiere a Mahoma,
antes que amanezca el día.

Con tanta gracia cantaba,
porque en todo la tenía,
que a un triste corazón
bastaba a dar alegría
[...]

IV

En este romance se trata de la desgracia en que cayeron los Abencerrajes como consecuencia de las habladurías propaladas por sus enemigos en la Corte de Granada, causa del destierro de Abindarráez a la frontera, cuando era niño

Caballeros granadinos,
aunque moros, hijos dalgo,

con envidiosos intentos
al rey moro van hablando,

viendo que los favorece
todo el granadino estado,
hombres, niños y mujeres,
caballeros y villanos;

dicen que los Bencerrajes,
linaje noble, afamado,
procuran dalle la muerte
para gozar su reinado.

V

Otro romance sobre la desgracia de la familia de los Abencerrajes

En las torres del Alhambra
sonaba gran vocería
y en la ciudad de Granada
grande llanto se hacía,
porque sin razón el Rey
hizo degollar un día
treinta y seis Abencerrajes
nobles y de gran valía,
a quien Cegrís y Gomeles
acusan de alevosía.

Granada los llora más,
con gran dolor que sentía,
que en perder tales varones
es mucho lo que perdía:
hombres, niños y mujeres
lloran tan grande pérdida,
lloraban todas las damas,
cuantas en Granada había.

Por las calles y ventanas
mucho luto parecía;
no había dama principal
que luto no se ponía
ni caballero ninguno
que de negro no vestía,
sino fueran los Gomeles,
do salió el alevosía;

y con ellos los Cegrís
que les tienen compañía.

Y si alguno luto lleva,
es por los que muerto habían
los Gazules y Alabeces,
por vengar la villanía,
en el cuarto de los Leones,
con gran valor y osadía.
Y si hallaran al rey
le privaran de la vida,
por consentir la maldad
que allí consentido había.

VI

En este romance se trata de los amores primeros de Abindarráez y Jarifa, y la separación de los enamorados por irse ella con su padre a otro lugar de la frontera

Crióse el Abindarráez
en Cartama, esa alcaidía,
hasta que fue de quince años
con la hermosa Jarifa.
Padre llamaba al alcaide
que él en guarda lo tenía,
y Jarifa como hermana
le regalaba y servía.

Y solos por los jardines
se andaban de noche y día,
cogiendo de entre las flores
la que mejor parecía.
Si Abindarráez cantaba,
Jarifa le respondía,
y si acaso estaba triste,
Jarifa se entristecía.

Y estando una madrugada,
ya que la aurora salía,
sentados junto a una fuente
que el agua dulce corría,
Jarifa de Abindarráez
muchas veces se retira,
y aunque muestra rostro alegre,
no burla como solía;

antes de muy congojada
en mirándole sospira,
y el valiente Abindarráez
muchoa tristeza sentía.

Y con la voz amorosa
le pregunta qué tenía.
Jarifa como discreta
sospirando respondía:
-¡Ay, Abindarráez querido,
ay, alma del alma mía!
¡Cómo se nos va apartando
el contento y alegría!

Que a mi padre oí anoche,
fingiendo estar yo dormida,
que hermandad ni parentesco
entre nosotros no había;
y que de aquesta frontera
el rey, alcaide os hacía,
y que mi padre en Coín
quiere el rey que asista y viva;
y pues oí el desengaño
en que engañada vivía,
siendo mi gloria tan breve
¿cómo podré tener vida?

Y estando los dos amantes
en su triste despedida,
llega a Abindarráez un paje
a pedille las albricias.

VIIa

Romance de la carta de amor que escribe el Abencerraje a Jarifa instándole a que le mande llamar

A ti, la hermosa Jarifa,
Abindarráez salud envía,
el cual sin ella y sin ti
esta carta te escribía.

Mil veces dejé la pluma
y dejada la tenía;
el esfuerzo me animaba,

el temor me combatía.

En esto el atrevimiento
que te escribiese, decía;
el temor, ya despedido,
el amor me dio osadía.

Lo que te escribo, señora,
corazón y vida mía,
es que te acuerdes de mí,
cual salí de gallardía
en la vega de Granada
vestido de tu divisa;

y lo que más te agradezco,
Jarifa, en cuanto podía,
de saber cuán bien celaste
con Fátima, tu querida,
nuestros secretos amores,
como discreta entendida.

Lo que al presente suplico
con amor y cortesía
es que cumplas tu palabra
como de ti se confía,
que es de enviarme a llamar;
di: ¿cuándo será este día?

Y si error hay en la carta,
culpe a quien lo merecía.
Al amor primeramente
porque me favorecía;
después al atrevimiento,
y a la mano que escribía.

VIIIb

Romance de la carta de amor que escribe Jarifa a Abindarráez, avisándole de la ausencia de su padre, para que vaya a encontrarse con ella

La pluma toma Jarifa,
y en un papel escribía
una carta [a] Abindarráez,
quien más que a sí le quería:

*Bien sabes, Abindarráez,
que soy tu menor cautiva,
tu vasalla y servidora
hasta el fin de mi vida.

Bien sabes que con tu ausencia,
por ser tú mi compañía,
vivo la más triste mora
de toda la morería.

Con esperanzas de verte
tengo esperanza de vida.
Ha querido el gran Mahoma
dar hoy fin a mi porfía,

que mi padre es ido a Ronda,
a Ronda, aquesa villa,
diciendo que ha de volver
dentro de tercero día.

Luego, vista la presente,
te parte[s], por vida mía,
que la tierra está segura
y tu fuerza está rendida.”

VIII

Romance de los temores del Abencerraje esperando la carta de Jarifa y la llegada del mensajero con la misiva de amor

El postrero Abencerraje
que Abindarráez se llamaba,
teniendo por el rey Chico
la alcaidía de Cartama,

ninguna noche duerme
ni de día sosegaba
viéndose tan apartado
del contento de su alma,

porque su amada Jarifa
allá en Coín, donde estaba,
témesese que no le olvide,
siendo de otro festejada;

que aunque estaba bien fiado,
siempre teme su mudanza,
porque mudanza en mujer
es cosa muy ordinaria,

cuantimás que en larga ausencia
ninguna paciencia abasta.

Y con este pensamiento
grandes congojas pasaba,
mas todo es bien empleado.

Pues tan bien se le pasaba,
que estando el Abencerraje
asomado a una ventana,
mirando hacia aquella parte
donde su señora estaba,

que este era el mayor regalo
que para su mal hallaba,
diciendo: *¡Dichosa tierra,
pues que deseo alabada,

que tienes la flor del mundo,
y la más hermosa dama
de todas cuantas han sido
ni serán según su fama!";

vio venir un escudero
que a gran priesa caminaba,
con una carta en la mano,
y hacia él enderezaba.

El moro cuando le vido
su corazón se alteraba,
porque no sabe quién fuese
ni para qué le buscaba,
y en llegando el escudero
de rodillas se hincaba,
y la carta que traía
en su mano se le daba;

y aunque no vio sobre escrito
no quiso preguntar nada,
mas en habiéndola abierto
la color se le mudaba,

porque vio en la cortesía
que era letra de su dama,
que a dar fin a sus amores
le envía a decir que vaya.

IX

Lope de Vega cuenta, por medio de un romance en boca de Abindarráez, cómo Don Rodrigo rindió al moro cuando este iba camino de sus bodas Abindarráez a Jarifa

Llegó a Cartama Celindo
con tu carta cuando estaba
el sol inclinado al Sur,
pardo y triste, y no sin causa.

Leíla, beséla y dile
albricias de mi esperanza,
que se perdió en el ausencia
después de llena de canas.

Vestíme, hermosa señora,
colores, plumas y galas,
que un alegre pensamiento
con todas tres se declara.

Bajé a nuestra huerta antigua,
y despedíme en voz alta
de los árboles y flores,
de las fuentes y las aguas.

Diles mil abrazos tiernos,
y ellos también se inclinaban
a darme para ti muchos,
que aun tienen alma las plantas.

Puse al estribo las mías
sin el arzón, y a la casa
le dije volviendo el rostro:
-Piedras, Jarifa me aguarda.

No sé si me respondieron,
pero sentí que sonaban
por largo trecho las fuentes:
o era envidia o tu alabanza.

Esta, por todo el camino,
jornada, aunque breve, larga,
iban alternando a veces
entre la lengua y el alma,

cuando de unos robles verdes
entre pálidas retamas
oigo relinchos y voces,
y alzo la lanza y la adarga.

Pero al punto estoy en medio
de cinco lanzas cristianas,
mas sin soberbia te digo
que eran pocas otras tantas;

y quizá porque eran pocas,
trajo luego mi desgracia
otras tantas de refresco,
y una, la mejor de España:

Este fue el alcaide fuerte,
si sabes su nombre y fama,
que es de Alora y Antequera,
y estaba puesto en celada.

Apartó sus caballeros
desafióme a batalla
como caballero fuerte,
cuerpo a cuerpo en la campaña.

Como era fuerza, acetéle
y así con la luna clara
comenzamos nuestra guerra
jugando las fuertes lanzas.

Y pues al fin me venció.
No me alabo; decir basta
que tenía tres heridas
en brazo, muslo y espaldas.

No me las dieron huyendo
pero quien con diez batalla,
también sospecho que tiene
en las espaldas la cara.

Don Rodrigo de Narváez,
que así el alcaide se llama,
me prendió, y llevaba a Alora
de sus diez hombres en guarda,

cuando, viendo mi tristeza,
si le contaba la causa,
me prometió dar remedio
y así fue justo contarla:

Que hizo el cristiano conmigo
esta gentileza extraña,
con sólo mi juramento,
porque le di la palabra

que dentro el día tercero
volvería a Alora sin falta
a ser su preso y cautivo.
Mira si es justo quebrarla.

Y mira, mi bien, si debo
llorar mi suerte contraria,
pues le he de llevar el cuerpo
de quien tú tienes el alma.

X

El Abencerraje cuenta a don Rodrigo, camino de la prisión, después de la derrota, sus amores con Jarifa; en este fragmento de romance le refiere su juventud hasta que supo que la mora no era su hermana

Cuando yo nascí, cuitado,
luego mi padre me envía
para que criado fuese
en Cartama aquesa villa.

Encargárame al Alcaide,
que mi padre lo tenía
por grande amigo, y lo era,
y en las obras parecía,
pues con una hija sola
me criaba y le servía.

Ella me llamaba hermano,
yo a ella hermana mía;

como hermanos muy amados
pasábamos nuestra vida.

El amor entre los dos
diferencia no hacía;
como su hermano me amaba,
yo por hermana tenía.

Tanto creció en hermosura,
que par a ella no había.
Vila una vez en la fuente
que en nuestro jardín corría,

peinándose los cabellos
como oro de Alejandría.
A la hermosa Salmasis
en belleza parecía.

Dije: -¡Oh, quién fuese Troco
para estar cabe esta ninfa,
sin jamás quitarme de ella,
ni de noche ni de día!

Con su gracia y hermosura
corriendo a mí se venía,
y abrazándome me dijo:
-Ay, hermano de mi vida,
decidme, ¿dónde venís,
que yo buscado os había?

-Yo también a vos, hermana,
que sin vos no hay alegría.
Pero vos ¿cómo sabéis
que seáis hermana mía?

-Yo no más del grande amor
que como hermano os tenía,
y ver también que mi padre
como sus hijos nos cría.

Otras mil cosas pasamos
que el amor nos insistía.

Y como el tiempo descubre
las cosas, yo supe un día
como no era mi hermana,

y holguéme en demasía [...]

XIIIb

Otro romance que cuenta el mismo episodio de la libertad del moro

Mal herido Abindarráez
se sale de una batalla,
y preso, que es lo peor;
y lo que más estimaba,

no por verse de un cristiano
sobrado lanza por lanza,
mas por no poder cumplir
a Jarifa su palabra.

Solo va en medio de todos
los que el alcalde llevaba,
muy triste y muy pensativo,
y la cabeza abajada.

Suspira de rato en rato,
y entre sí él se quejaba:
-¿Hasta cuándo, di, fortuna,
has de estar conmigo airada?

Acaba ya, si quisieres;
mira que no ganas nada,
que no es honra en cuerpo muerto,
como dicen, dar lanzada.

Jarifa, señora mía,
mal nos fue en esta batalla,
pues tú pierdes tu cautivo,
yo mi gloria deseada.

No esperes, porque si esperas
estarás desesperada,
esperando a quien no espera,
que se acabó su esperanza.

¡Ay de mí, triste cautivo,
ay, que el alma se me arranca!
Diciendo esto dio un suspiro,
y los ojos se alimpiaba.

El alcaide, que es discreto,
y la noche hacía clara,
iba notando del moro
la tristeza que llevaba,

y apartándole a una parte,
supo de él toda la causa;
y al punto le dio licencia
con que le diese palabra

de volver a su prisión,
esta ventura acabada;
y el moro se fue contento
adonde Jarifa estaba.

XIII

En el curso de la novela de los amores de Geminandro y Laura, un personaje canta el romance de la soledad de Jarifa mientras espera a su enamorado; sigue otro en el que se canta el gozo del encuentro entre los enamorados moros; y otro más sobre la vuelta de Abindarráez y Jarifa al castillo de Rodrigo de Narváez

[...] y después de ya el suntuoso y rico banquete acabado, pidió Laura a Pinela tocarse el instrumento y cantase alguna historia de cristiano o moro. A quien Pinela respondió diciendo que de cristiano no tenía cosa al presente de gusto, pero que sí tenía de moro enamorado, cuya historia, aunque antigua, la tenía sacada a lo nuevo; así, viniendo en ello Geminandro, y templando el instrumento, comenzó a requebrar la soledad de Jarifa en suave canto:

Triste, pensativa y sola
está la bella Jarifa,
temerosa de perder
al Bencerraje, su vida.

Debajo está de un jazmín,
en un jardín retraída,
de celos y pensamientos
el alma y fe combatida.

Siente que el plazo se pasa
y teme que se retira
el Abindarráez de verla
por mudanza o por desdicha.

Aflígela su sospecha
y el esperar la fatiga,
porque el firme amor, si espera,
siente cualquier niñería.

Con la memoria y los ojos
un solo camino mira,
y por corazón y boca
al Abindarráez suspira.

Teme la lanza cristiana
que don Fernando tenía
en el castillo de Alora,
por el Narváez regida.

Y con estas tristes olas
la llama de amor batida,
respirando por la boca
resuelve en llanto estas liras:

Si de la cruda ausencia,
le nasce al alma desastrada suerte,
no espere otra sentencia
el que espera la muerte
padesciendo este trago duro y fuerte.

Ausencia tiene el alma
rendida al celo sospechoso y duro,
el pensamiento en calma;
y el amor firme y puro,
si pasa mal de ausencia, no es seguro.

¡Ay, dulce Abindarráez,
si extraño amor y ausencia te han mudado,
o el cristiano Narváez
te tiene aprisionado,
no pierdas de Jarifa tu cuidado!

Cesó porque el moro vino
herido de dos heridas:
el fiel cuerpo, de Narváez,
y el corazón, de Jarifa.

Fue el discantar de Pinela tan gustoso a Geminandro y Laura que a mucha instancia le pidieron proseguiese si tenía acabada la historia por conocer el gozo de presencia en los amantes, que ausencia fue tan penosa. Así proseguendo Pinela, mudó el tono en la cítara y dijo:

Holgando está con Jarifa
el Abindarráez gallardo,
y contemplando en la gloria
que mereció su cuidado.

*Mi alma y mi bien”, le dice;
ella: *mi ser y regalo”;
él la llama: *mi señora”;
ella: *mi señor y amado”.

Que cuando es amor de tempere,
es con los suyos tan franco,
que con placeres de un día,
paga pesares de un año.

Pero como viene herido,
y cautivo de un cristiano,
no sabe si lo descubra
o si lo tenga callado.

Al *sí” le fuerza el se ver
de su palabra obligado,
mas el dar pena en Jarifa,
al *no” le está convidando.

Pero descúbrelo el rostro,
que ya le tiene turbado,
porque están juntos en él
amor y fe batallando.

Habla en Jarifa su celo
y pide el por qué celado
vive, suspenso y cuidadoso,
triste, presente y mudado.

Rompen silencio en el moro
amor, temor y mandado,
y responde con suspiro
refiriendo el qué del caso:

*Ajeno de imaginar

insistiera mi contrario,
en resistir mi penar
a talle de batallar,
partí anoche solitario.

Intención sólo guiaba
a ver tu dulce presencia
pero fortuna que agrava
me ofreció batalla brava
cristiana, mas con clemencia.

De Alora ciertos guerreros
con Rodrigo de Narváez
en granadinos ligeros
salieron [a] Abindarráez,
armados de caballeros.

La sobrevista mirando,
vieron en mí que era moro,
y cinco que eran de bando
me acometieron volando
agraviando su decoro.

Señaláronse en rencuentro
con la fuerza de su langa,
pero no hicieron mudanza
en el corazón, que dentro
gozaba de tu esperanza.

Ora la suerte quisiese,
ora su corta ventura,
o el sitio de la espesura,
no hubo alguno que me hiriese,
ni falsease la armadura.

Doblóseles fuerza en verme
en la cruel liga metido,
y pretendiendo prenderme,
vieron tan bien defenderme
que temieron su partido.

Nacióles de este temor
corazón para llamar
al alcaide, su tutor,
de cuya fuerza y valor
te puedes asegurar.

León se mostró en la guerra
hasta que me vio rendido,
pero rendido y en tierra,
fue tan noble y comedido,
que su término me atierra.

Orgullosa y de guerrero
por armas quiso rendirme,
pero como caballero
sabiendo mi amor tan vero,
dio licencia de partirme.

Déjeme palabra y fe
de volver a su prisión,
cumplida tu petición.
Esto, pues, es el por qué,
Jarifa, de mi pasión.

Arto siento en despedirme,
Jarifa, de tu presencia,
no por el temor de ausencia,
pues mal podrán ya rendirme
su mudanza y empaciencia.

Y cuanto quiera llegar
a destrozar mi constancia,
no hallarán tiempo y lugar;
para sólo imaginar
sacaré de mí ganancia.

Ágalo posible en ello,
que aunque en hacer se deshaga
no podrá dejar la llaga
que tiene en el alma sello
de pagar lo que te paga.”

Cuando Jarifa entendió
el por qué del triste caso,
y conoció ser cautivo
el Bencerraje su amado,

determina de partirse
a cumplir con él el plazo,
por no se quedar sin alma
con su ausencia y sin su amparo.

-Ha sido, hermana Pinela-dijo Silabia-, tan grata a mi gusto la letra y el concierto de tu música, que si competidores y premios hubiera, a mi juicio merecieras la corona.

-Bien es verdad -dijo Laura-, pero parésceme que ha favorecido en la letra menos a Jarifa, no siendo ella en amar al moro menos aventajada.

-Harto a mi juicio -dijo Geminandro- ha dicho de ella, señora, y si gustáis, pues no tiene competidor que la contradiga, prosiga la historia que a mi parecer lo más gracioso resta.

Y viniendo en ello Laura, templando a talle la cítara, prosiguió Pinela la historia en diversas tonadas de esta manera prosigue en el romance XV:

XIVb

Holgándose está con Jarifa
el Abindarráez gallardo,
y contemplando la gloria
que mereció su cuidado.

*Mi alma y mi bien”, le decía;
ella: *Mi rey y regalo”;
él: *Mi contento y señora”;
ella: *Mi señor y amado”.

Que el amor, si está de temple,
es con los suyos tan franco,
que por el placer de una hora
quita pesares de un año.

Mas como él viene herido
y cautivo de un cristiano,
de la villa de Antequera,
alcaide del rey don Sancho,

no pudo con el dolor
llevar su contento al cabo;
mas, con sobrada ocasión,
un triste suspiro ha dado.

XV

Armas verdes y cautivo,
preso de amor sin batalla,
rendido el pecho a Jarifa
el Bencerraje cabalga.

No le dejan partir solo
los amores de quien ama,
porque ella gusta de ir presa
donde lleva presa el alma.

Parten los dos mano a mano
a cumplir la fe y palabra
que Abindarráez dio a Rodrigo
de volver preso a su casa.

Pasando por el jaral
adonde fue la batalla,
dice con un ¡ay! el moro
que del corazón arranca:

-Dulce Jarifa, aquí fue
donde tu amante perdió
la victoria que ganó
cuando te vendió su fe,
y tu cautivo quedó.

Aquí cayó Abindarráez
queriendo la suerte dura,
y ofresció en esta espesura
a Rodrigo de Narváez
tiempo, lugar y ventura.

Visto el sentimiento que hace,
tuerce Jarifa la habla
por restaurar el dolor
que le renueva la llaga.

Y con alegre semblante
mueven cuestión delicada
del hacer comedimiento
a don Rodrigo en su casa.

-Porque la gente cristiana
no nos condene en lenguaje,
quiero saber, Bencerraje,
qué salva será más llana

para tan llano hospedaje.

Pues donde hay vencimiento
es como esclavo el vencido,
si el vencedor es servido,
y este duro tratamiento
muchos hay que le han tenido.

No le puede dar respuesta
porque acabó la palabra
a la vista del castillo
donde don Rodrigo aguarda.

En lo último iba Pinela de su gustoso canto cuando por un camino que algo encima la fuente caía, sintieron venir agramente llorando una dama...

XVI

Romance con las quejas de la espera de Jarifa y la llegada del Abencerraje

Cercada de mil sospechas
la hermosa Jarifa estaba,
temiendo que Abindarráez
le faltase la palabra,
porque ve pasar la noche
y que a Coín no llegaba.

Con la congoja que siente
muchas veces sospiraba,
y sus ojos hechos fuentes
estas palabras hablaba:
-¿Dónde estáis, Abindarráez?
¡Qué es de ti, bien de mi alma!
¿Por qué has querido engañarme,
sabiendo que soy tu esclava?
Si no pensabas venir,
respondiérades a la carta,
y no hacerme esperar
para estar desesperada,

que aunque quiera no lo estar
no es tan larga la jornada,
que pueda pensar que en ella
gastaras noche tan larga.

Mas si acaso la fortuna
me quiso ser tan contraria,
que te encontrasen cristianos
para vencerte en batalla,

ruego [a] Alá que esto no sea,
antes que quede burlada
que, por no verte cautivo,
daré por rescate el alma.

Tanto lloraba Jarifa
que las piedras ablandaba,
pero vínole el remedio
cuando más penada estaba,

porque lo oyó, que en el jardín,
que sonaba un cuento de lanza,
y bajó corriendo [a] abrille
de placer alborotada;

y con la gran turbación
casi abrille no acertaba,
mas después que le hubo abierto,
un recio abrazo le daba.

Con el brazo echado al hombro,
al castillo lo llevaba,
adonde le hizo señor
de su hermosura y gracia.

XVIIa

El gallardo Abindarráez
aunque más ha peleado,
[quedó en poder del alcaide],
cautivo y enamorado.

Púsose tan triste el moro,
de su esperanza burlado,
que muestra estar juntamente
cautivo y enamorado.

Consolándolo el alcaide,
tristes cosas le ha contado,

diciendo que no es él sólo
cautivo y enamorado.

Hízole grandes zalemas
por la nobleza que ha usado
con un prisionero suyo,
cautivo y enamorado.

Al fin se partió a Coín
y en el castillo ha llamado,
y al decir: *¿Quién es?" Responde:
*Cautivo y enamorado."

Jarifa le abrió las puertas,
cerrándolas al cuidado,
porque no se nombre más
cautivo y enamorado.

Y en tal dichosa ocasión
azar le ha salido el dado,
por venir el moro herido
cautivo y enamorado.

Y con sobresalto triste
celosa le ha preguntado
por qué contento no estaba
cautivo y enamorado,

diciéndole: *Dulce esposo,
si eres de otra amado
¿primero no fuiste mío,
cautivo y enamorado?"

Y si libre te has vendido,
habiéndote yo pagado
¿perderá quien te compró,
cautivo y enamorado?"

No puede encubrir el moro
lo que de él ha sospechado
la mora que le traía
cautivo y enamorado.

Contóle todo el suceso,
y de su cuello colgado,
tiene a gran ventura ser

cautivo y enamorado.

XVIIb

Romance del Abencerraje, cautivo y enamorado

El gallardo Abencerraje,
aunque más ha peleado,
quedó en poder del alcaide,
cautivo y enamorado.

Suspiros y valentías
en suspiros han quedado,
y es porque está juntamente
cautivo y enamorado.

Consolábale el alcaide;
casos tristes le ha contado
diciendo que no es él solo
cautivo y enamorado.

Desde que supo sus amores,
franca libertad le ha dado
porque es lástima de verle
cautivo y enamorado.

Por la posta va a Coín
y en el castillo ha llamado,
y al decir: -¿Quién es?, responde:
-Un cautivo enamorado.

Jarifa le abrió las puertas,
cerrándolas al cuidado,
porque no se nombre más
cautivo y enamorado.

XVIII

Romance que cuenta la inquietud de Jarifa en la espera del Abencerraje, el gozo que sintió con su llegada, las bodas y la vuelta al castillo de Narvárez

Ya llegaba Abindarráez
a vista de la muralla
donde la hermosa Jarifa

retirada le esperaba

sin un punto de sosiego
diciendo: *¡Cómo se tarda
mi contento, que no viene!
¿Si le goza allá otra dama?

Mas, ay, triste, que no temo
que de olvido sea la causa;
temo, cuitada el peligro
que, viniendo de Cartama,

se le ofrezca algo en Alora
con los cristianos de guarda,
que corren de noche el campo
todos juntos en escuadra,

donde no le basten fuerzas
ni jugar lanza y adarga.

Mas si esto [le] sucediese
¡para qué quiero yo el alma!

Ni es posible que yo viva,
ni podrá vivir quien ama
viendo a su querido muerto
por su culpa en la batalla.”

Con estas y otras congojas
de llorar no descansaba,
y otras veces de tristeza
de su estado se arrojaba,

y otras veces se ponía
de pechos en la ventana,
y de almena en almena
el campo en torno miraba.

No le da miedo estar sola,
ni las sombras la espantaban,
ni los noturnos bramidos
que suenan en la montaña,

que lo más priva a lo menos;
de lo más se recelaba.
Por su amigo gime y llora,

que de sí no se da nada.

Y con esto dio un suspiro,
quitóse de la ventana,
cuando vio que su fiel dueña,
alegre y regocijada,

le dice que Abindarráez
con el cuento de la lanza
dio tres golpes a la puerta,

que es la seña concertada,
y que ya arrendó el caballo
y aun sube ya por la escala.

¡Oh cuán gallardo y bien puesto
le está pintado su dama...!,
cuando ya el valiente moro
estaba dentro en la sala:

Aljuba rica vestida
con alamares de plata;
altas plumas en la toca;
colgando de la medalla,

el pomo del rico alfange
es un águila dorada,
cuyo pomo está entallado
en riquísima esmeralda.

De esta suerte se entra el moro
sin poder hablar palabra,
que el contento que da amor
no es contento si se habla;

hasta que ya, poco a poco,
va cobrando fuerza el alma,
con la cual satisfacción
los dos amantes se abrazan,

y aquella noche celebran
la boda tan deseada.

Así se volvieron juntos
para Alora en la mañana
con riquísimo presente,

cual de tales se esperaba.

El alcaide los recibe
y sin precio los rescata,
teniendo por justo precio
el cumplille la palabra
tan cumplidamente el moro,
pues iba con él su dama.

XIX

*Parte de un romance en que se cuenta la gratitud de la pareja mora hacia su liberador
Rodrigo de Narváez y los regalos que le enviaron en muestra de agradecimiento*

[...] y acabando de comer,
Rodrigo de Narváez les habla:
*Estimo en mucho haber sido
parte que aquesto se haga,

y así de los dos no quiero
por vuestro rescate nada,
pues me basta la honra
de haber tenido en mi casa

tan honrados prisioneros;
y si el partir os agrada,
vos, Abindarráez, sois libre,
que yo os alzo la palabra.”

El moro se lo agradece
y otro día en la mañana
para Coín se partieron,
que es muy pequeña jornada.

Y el alcaide de Coín
con Abindarráez trataba
de que aquella buena obra
a Narváez fuese pagada;

y ansí, para aquel efecto
cuatro mil doblas le daba.

El moro se las envía,
y con ellas enviaba
seis caballos muy hermosos

enjaezados de grana,

y seis lanzas cuyos hierros
y recatones labraran
de oro fino, y juntamente
seis adargas muy preciadas;

y la hermosa Jarifa
con ropa blanca estremada,
una caja de ciprés
y una carta regalada.

El Alcaide lo recibe,
y los caballos y lanzas
repartió entre los hidalgos
que aquella noche llevaba,

para sí tomando uno,
el que más le contentaba,
y la caja de ciprés
que Jarifa le enviaba;

y de las cuatro mil doblas
nunca quiso tomar nada,
adonde mostró muy bien
que al valor acompañaba

discreción y cortesía,
y que nada le faltaba,
porque donde hay estas cosas,
jamás puede faltar nada.

XX

Abindarráez y Jarifa convertidos en cortesanos del rey chico de Granada

Abindarráez y Muza
y el rey Chico de Granada,
gallardos entran vestidos
para bailar una zambra.

Un lunes a media noche
fue de los tres concertada,
porque los tres son cautivos
de Jarifa, Zaida y Zara.

El descomponerse el rey,
¡cosa entre reyes no usada,
y darle Muza su ayuda,
poco galán sin las armas,

que es hombre que noche y día
tiene ceñida la espada,
y para dormir se arrima
en un pedazo de lanza,

halo causado un desdén
que tiene en los ojos Zaida,
y amores de un Bencerraje
que adora a los suyos Zara.

Abindarráez es mozo
y siempre de amores trata:
Fátima muere por él
y a Jarifa rinde el alma.

Al fin ordena la fiesta
la desorden que amor causa,
que el más cuerdo hará más loco
celo y gusto de su dama.

Para cumplir con la gente
echaron fama en Granada
que ha venido cierta nueva
que Antequera era ganada.

Es la fiesta por agosto
y entra el rey, toda bordada
una marlota amarilla
de copos de nieve y plata

con una letra que dice:
*Sobre mí fuego no basta.”
Gallardo le sigue Muza,
de azul viste cuerpo y alma,

labradas en campo de oro
unas pequeñas mordazas,
cuya empresa de ellas dice:
*Acabará de acaballas.”

Abindarráez se viste
el color de su esperanza,
unas yedras sobrepuestas
con unas rocas doradas,

un cielo sobre los hombros
con unas nubes bordadas,
y en las yedras esta letra:
*Más verde cuanto más alta.”

Sacaron a las tres moras
que eran la flor de la sala,
eran el adorno de ella
y lo mejor de sus armas.

Abindarráez, brioso,
con una vuelta gallarda,
pisó a Fátima en el pie
y a su Jarifa en el alma.

La mano le suelta al moro
y así le dice, turbada:
-¿Para qué entraste encubierta,
traidor, la engañosa cara?

Arroja el fingido rostro
que el propio tuyo te basta,
pues le conocen todos
por mi daño y su venganza.

Con mil caricias el moro
la blanca mano demanda.
Ella replica: -No quieras
mano en la tuya agraviada;

baste que Fátima diga
en conversación de damas
que estimas en más su pie
que mi mano desdichada.

Abindarráez, turbado,
sale huyendo del Alhambra.
Si de verde salió el moro,
de negro salió a la sala.

Entre tanto el rey y Muza

estaban con Zaida y Zara,
cansados de tantas vueltas
y son de amor las mudanzas.

Como estaban disfrazados,
recostáronse en sus faldas;
cuando hablan, enmudecen,
y cuando están mudos, hablan.

También se cansaron ellas,
que el cuerpo muerto no cansa
como el vivo aborrecido
que quiere forzar el alma.

Levantóse un alboroto,
que la reina se desmaya;
la fiesta se acabó en celos,
que amor sin ellos no acaba.

XXI

Romance del Abencerraje triunfante, pero lejos de Jarifa

[Jarifa] y Abindarráez,
los dos extremos del Reino,
ella en extremo hermosa,
y él valiente en todo extremo,
Abencerraje de fama,
del rey de Granada deudo,
capitán de Alora cuando
dorara su rostro el vello;
aquel que con los peligros
daba descanso a su pecho
mostrando en él y en los ojos,
de un amante y amor tierno,
en que por su fe y su rey
ha mostrado en poco tiempo
que lo que en la edad faltaba
sobraba en valor y esfuerzo;

y en las cortes de Almería,
las últimas que se hicieron,
hizo gran servicio al rey
guardando al reino sus fueros,

tanto que los alfaquíses
decretaron en consejo
que se le hiciese estatua
por reparador del reino.

Y de esto y de su valor
estando el rey satisfecho,
por gratificarle en algo
parte de lo que había hecho,

le ha nombrado por alcaide
de aquel belicoso suelo
donde [bebe] el mar de España
las aguas de Tajo y Duero.

Aquí estaba Abindarráez
ocupado en su gobierno,
presente de sus cuidados
y ausente de sus contentos,

cuando la ausente Jarifa
que no lo está en sus duelos,
sino presente a su pena,
y de su gloria el destierro,

hablando con un retrato,
que se sacó de su pecho,
donde está más natural
que puede en tabla o lienzo,

después de decir callando
mil amorosos conceptos,
que más que una lengua libre
habla a veces el silencio:

-Dulce amiga de mis ojos,
vida de mi pensamiento,
no verte como solía
me es otro nuevo tormento.

XXII

Romance de los celos de Jarifa

*Fragmento del capítulo noveno: *En que se pone unas solemnes fiestas y juego de sortija*

que se hizo en Granada, y cómo los bandos de los Cegríes y Abencerrajes se iban más encendiendo.”

...El día de San Juan venido, fiesta que todas las naciones del mundo celebran, todos los caballeros de Granada se pusieron galanes, así los que eran de juego como los que no lo eran, salvo que los del juego se señalaban en las libreas; y todos se salieron a la ribera del muy fresco Genil... Era ver las cuatro cuadrillas de estos caballeros un espectáculo bravo y de grande admiración; todos corrían por la vega, de dos en dos, de cuatro en cuatro. Y al salir del sol parecían tan bien, que era cosa de mirar. Y entonces se comenzó el juego, porque ya en aquella hora se podía muy bien ver de las torres del Alhambra. El mismo rey andaba entre ellos muy ricamente vestido, porque no hubiese algún alboroto o escándalo. La reina y todas sus damas miraban de las torres del Alhambra el juego, el cual andaba muy bien concertado y gallardamente jugado... El gallardo Abindarráez se señaló bravamente aqueste día; mirábalo su dama, que estaba con la reina en las torres del Alhambra. La reina le dijo: *Jarifa, bravo y gallardo es tu caballero.”Jarifa calló, parándose colorada como rosa. Fátima, no menos, tenía los ojos puestos en su Abenámar, pareciéndole tan bien, que estaba de él y de sus cosas muy pagada, aunque Jarifa entendía que miraba a su Abindarráez... Por este día de San Juan, y por este juego de cañas que habemos contado, se dijo aquel antiguo romance que dicen:

La mañana de San Juan,
al punto que alboreaba,
gran fiesta hacen los moros
por la vega de Granada.

Revolviendo sus caballos,
jugando van de las lanzas
ricos pendones en ellas
labrados por sus amadas.

Ricas aljubas vestidas,
de oro y seda labradas;
el moro que amores tiene
allí bien se señalaba.

Y el moro que no los tiene,
por tenerlos trabajaba;
míranlos las damas moras
de las torres del Alhambra.

Entre las cuales había
dos de amor muy lastimadas:
la una llaman Jarifa,
la otra Fátima se llama.

Solían ser muy amigas,

aunque agora no se hablan.
Jarifa, llena de celos,
a Fátima le hablaba:

*¡Ay, Fátima, hermana mía,
cómo estás de amor tocada;
solías tener color,
veo que agora te falta;

solías tratar amores,
agora estás decallada,
pero si los quieres ver,
asómate a esa ventana,
y verás a Abindarráez
y su gentileza y gala!”

Fátima, como discreta,
de esta manera le habla:
*No estoy tocada de amores
ni en mi vida los tratara;

si se perdió mi color,
tengo de ello justa causa
por la muerte de mi padre
que el Malique Alabez matara;

y si amores ya quisiera,
está, hermana, confiada
que allí veo caballeros
en aquella vega llana,

de quien pudiera servirme
y de ellos ser muy amada,
de tanto valor y esfuerzo
como [a] Abindarráez alabas.”

Con esto las damas moras
pusieron fin a su habla.

XXIII

Romance de los celos del Abencerraje por Jarifa, con un elogio de la belleza de la dama mora

En la ciudad granadina,

en lo mejor de su plaza,
que es la acera venturosa
por Medoro celebrada,

y la que pinta su pluma
de varias flores y plantas;
do vive una dama mora,
flor de la flor de las damas,

la cual se llama Jarifa
de la Torre y de la Alhambra.
A esta sirve un Bencerraje
que le dio asiento en el alma,

al cual le dan guerra celos,
aunque disimula y calla;
en el turbante y divisa:
que jamás muestra mudanza;

y a un paje de quien se fía
no suyo, mas de su dama,
acordó de preguntalle
si con su Jarifa habla

un Cegrí que se pasea
por delante sus ventanas.
Y el paje, que es secretario,
de presto le desengaña

diciéndole que el Cegrí
sirve a otra mora gallarda,
a quien se humilla el amor
como a su madre sagrada.

Y con esto el Bencerraje
aplacó su ardiente llama,
pero no mitigó el fuego
que su corazón le abrasa,
que, quedando satisfecho,
más el vivo amor le inflama;
y del paje se despide,
y va contento a su casa.

Y tiene razón el moro
porque la mora que ama
puede hacer competencia

con Venus, Juno y Diana,

que es tanta su discreción
y su hermosura rara,
que las musas del Parnaso
tienen envidia a su fama.

Y, si hace oscura noche,
revoltosa y temeraria,
con sólo ella abrir sus ojos
la hace apacible y clara;

y del sol los claros rayos
los revoca y los contrasta,
porque no es el sol más de uno,
y son dos los de su cara,

cuya clarífica luz
alumbra a toda Granada;
y a dicho de todo el mundo
es la hechura más alta,

que ha hecho el pincel sutil
de naturaleza sabia;
y es un retrato divino
que por él Dios nos declara

las divinas hermosuras
de su corte soberana.

XXIVa

*Romance en el que Boabdil, el rey Chico de Granada, suspira en su prisión por una
mora presa en Antequera*

Por Antequera suspira
el rey Chico de Granada,
porque tiene dentro en ella
las cosas que más amaba.

Suspiros da sin consuelo,
que el alma se le arrancaba.
No suspira él por su tierra,
que en otra mejor estaba;

suspira por una mora,
la flor de toda Granada.
Llorando de los sus ojos
de esta manera hablaba:

-¡Oh, alma del alma mía!
¿di si estás aprisionada?
Yo sería en tu rescate
en dar por ti a Granada;

y si esto no bastare,
daré toda el Alpujarra.

XXIVb

Romance en el que se cuenta la pena que sentía el rey Chico de Granada, cuando estaba preso en Baena, por la ausencia de su amada, y la libertad que le dio el rey Fernando

Sobre el muro de Baena,
puesta la mano en la barba,
recostado en él de pechos,
el rey Chico lamentaba;

a quien en prisión estrecha
con valor puso el de Cabra,
junto al pedregoso arroyo
en la sangrienta batalla

do tomó nueve banderas
que trae por orla en sus armas
y una cadena que a un rey
la cerviz opresa abraza.

No su prisión siente el rey,
mas el carecer de Guara,
de las granadinas moras,
la más hermosa y gallarda.

No admite el rey compañía,
que su cuidado le basta,
con ese sólo se entiende
y se siente rica la alma;

en ningún lugar sosiega,

propiedad de quien bien ama.
Cuando la molesta ausencia
le esconde la cosa amada,

una sola le da alivio,
si alguna a dársela basta,
y es el arrojar la mira
al camino de Granada,

cuya vista el hado esquivo
porque más sienta la ataja,
impidiéndole de tierra
la dilatada distancia.

De la fortuna se queja
que con tal rigor le trata,
poniendo en cielo sereno
de nubes oscura capa;

y en mar sosegado y quieto
tan repentina borrasca:
no hay cosa que le consuele:
la gloria considerada,
largo tiempo poseída,
en un instante quitada.

No disimula su pena
que para callarse es mala,
haciendo testigo de ella
a las aves y a las plantas.

Pues como fue conocida
del noble Conde la causa
de su pasión fervorosa
de que el rostro muestras daba,

y viendo que de salud
el mal le necesitaba,
una visita le hizo
demás de las ordinarias,

con el sombrero en la mano
y reverencia acatada,
diciendo: *Muestre tu alteza
ya de hoy más alegre cara,

que el rey Fernando te da
libertad por esta carta,
y para su efecto ordena
que luego a Córdoba partas,

y que te acompañe yo
y la gente de tu casa,
sin más recato ni apremio
que sólo tu real palabra;
y que a reinar como de antes
en visitándole vayas.”

Por tan grata nueva el rey
con sumo placer le abraza
diciendo: *Más que el prenderme
el libertarme te ensalza.”

XXV

Romance en el que se cuenta el desastrado fin de los moros Hamete y Tartagona, al pie de la peña de los enamorados cuando se dirigían en busca de Rodrigo de Narváez

Bajaba el gallardo Hamete
a las ancas de una yegua
a la bella Tartagona,
hija del fuerte Zulema,
alcaide que en Archidona
el alto castillo y fuerza
sustentó treinta y tres años
sin género de flaqueza.

De noche bajaba el moro
por una escusada senda,
por que la noturna guarda
al descender no le sienta,

y en allegando a lo llano,
lozano pica la yegua;
volviendo el rostro a la mora
en el carrillo la besa

y la dice: -Diosa mía,
tuyo soy; mándame y veda,
que en Granada mil favores
tengo del Rey y la Reina,

y de mi prosapia ilustre
soy el mejor que hay en ella.

Narváez, buen caballero,
alcaide fue en Antequera,
y lo que hizo con Jarifa,
cuando fue su prisionera,
también lo hará conmigo
cuando su voluntad sea.

Pero, al fin, al virtuoso,
respetarle es honra nuestra.
Vuelve las riendas el moro
a do le guía su estrella,

y al pie de una alta roca,
rodeada de mil yedras,
quiere que la yegua pazca
y el amor tienda sus velas.

En esto vido venir
una famosa caterva
de famosos salteadores,
que pasaban de sesenta.

Todos le acometen juntos,
como canes a la cierva,
por quitar la vida al moro
y el honor a la doncella.

En pie se pone y levanta,
y entre todos hace rueda.
¡Cuán bien jugaba una punta!
¡Cuánta pierna o brazo cercena!

¡Oh, cuán bien que dilataba
el moro su muerte fiera!

Mas una piedra sin ruido
se le escondió en la cabeza,
quitando el aliento al cuerpo
y al brazo la fortaleza.

De que la dama se vido
en poder de gente ajena,
no hay dolor que llegue al suyo,

pena que llegue a su pena.

Cabellos que al sol dorado
no le hacen diferencia,
ya no precia el oro fino
que al blanco cuello rodea.

Cogió la espada del muerto,
que la hallara entre unas yerbas;
cogiérala por la punta,
de pechos se echó sobre ella.

Juntó el cuerpo con su amante,
la cara con una piedra,
que son los enamorados
de la vega de Antequera,
dejando mucho renombre
de otra segunda Lucrecia.

Quien no lo quisiere creer,
váyase a Ronda la vieja,
que allí lo hallarán escrito
en lo alto de una peña.

XXVII

Romance sobre la libertad que un español en Orán dio a un moro enamorado

Entre los sueltos caballos
de los vencidos Cenetes
que por el campo buscaban
entre la sangre lo verde,

aquel español de Orán
un caballo suelto prende,
por los relinchos, gallardo,
y por las cernejas, fuerte,

para que lo lleve a él,
y a un moro cautivo lleve,
que es uno que ha cautivado,
capitán de cien jinetes.

En el ligero caballo
suben ambos, y él parece

de cuatro espuelas herido,
que cuatro vientos lo mueven.
Triste camina el alarbe,

y lo más bajo que puede
ardientes suspiros lanza
y amargas lágrimas vierte.

Admirado el español
de ver, cada vez que vuelve,
que tan tiernamente llora
quien tan crudamente hiere,

con razones le pregunta
comedidas y corteses
de sus suspiros la causa,
si la causa lo consiente.

El cautivo, como tal,
le responde y obedece,
y a su demanda piadosa
satisface de esta suerte:

-Valiente eres, capitán,
y cortés sobre valiente;
por tu espada y por tu trato
me has cautivado dos veces.

Preguntado me has la causa
de mis suspiros ardientes,
y débote la respuesta
por quien soy y por quien eres.

En los Gelves nació el año
que os perdistes en los Gelves,
de una berberisca noble
y de un turco matasiete.

En Tremecén me crié
con mi madre y sus parientes,
después que perdí a mi padre,
cosario de tres bajeles.

Junto a mi casa vivía,
porque más cerca muriese,
una mora del linaje

de los nobles Melioneses,

extremo de las hermosas,
cuando no de las crueles,
hija al fin de estas arenas,
engendradoras de sierpes.

Cada vez que la miraba,
salía el sol por su frente,
de tantos rayos vestido
cuantos cabellos contiene.

Niños nos criamos juntos,
y amor en nuestras muñecas
hirió nuestros corazones
con harpones diferentes.

Labró oro en mis entrañas,
dulces lazos, blandas redes,
mientras el plomo en las tuyas
[libertades] y desdenes.

Apenas vide trocada
la dureza de esta sierpe,
cuando tú me cautivaste:
mira si es bien que lamente.

Esta es la causa, español,
que a llanto pudo moverme.
Mira si es justo que llore
tantos males juntamente.

Conmovido el capitán
de las lágrimas que vierte,
parando el veloz caballo,
paren sus males promete.

-Gallardo moro -le dice
si adoras como refieres
y si como dices, arnas,
dichosamente padeces.

¡Quién pudiera imaginar,
viendo tus golpes crueles,
cupiera un alma tan tierna
en pecho tan duro y fuerte!

Si eres del amor cautivo,
desde aquí puedes volverte,
que me pedirán por voto
lo que entendí que era suerte.

Y no quiero por rescate
que tu dama me presente
ni las alfombras más finas,
ni las granas más alegres.

Anda con Dios, sufre y ama,
y vivirás si lo hicieres,
con tal que cuando la veas,
hayas de volver a verme.

Apeóse del caballo
y el moro tras él descende,
y por el suelo postrado
la boca a sus pies ofrece.

-Vivas mil años -le dice-
noble general valiente,
pues ganas más con librarme
que ganaste con prenderme.

Alá se quede contigo
y te dé victoria siempre
para que extiendas tu fama
con hechos tan excelentes”.

XXVIII

Romance recogido en la tradición oral de los judíos del norte de Marruecos. Trata de los celos de Jarifa, mezclando este asunto con el del cautiverio de la dama

¿Cuál son las dos hermanas
las que son de amor trocadas?
La una se llama Cherifa,
la otra Fátima se llama.

Cherifa, como es discreta,
a Fátima preguntara:
-Fátima, la hermana mía,
pareces de amor trocada;

¿dónde tienes tus colores,
los que a ti nunca te faltan?
Solíamos ser hermanas
como dos cuerpos y un alma.

-Ahora que me preguntas
lo que yo nunca negara,
asómate a esa ventana
y apárate a esa yanela;

verás a Manuto Rais
con su gentileza y gala;
más es el brillo que deja
que el donaire que llevaba.

Charifa, como es discreta,
asomóse a la ventana;
en la calle de Antequera
Charifa fue cautivada.

Estaba doña Charifa
un lunes por la mañana
gozando del viento fresco
y viendo correr el agua.

Miró a morito y a moro
tañer y volar el ámbar,
miró a morito a caballo
su cuerpo en sangre bañado.

Tomara tinta y papel
y al punto escribió una carta:
*¿Qué me sirve ser hermosa
y de mi rey enamorada?

En estas necesidades
tú me tienes cautivada.”
Con una dama en secreto
el billete le mandara.

El Sidi tomó el billete,
la alegría no cesaba;
el Sidi abrió el billete,
el suspiro le ahogaba.

-¿Dónde está mi algacharúa?
¿dónde está mi rica algacha?
Si está viva u está muerta
o te tienen cautivada.

Si te cautivaron moros,
te meterán por esclava;
si te cautivaron cristianos,
te me robarán tu fama.

Levántate, mi alcaide moro;
levántate de mañana.
Partiera para Antequera
el rescate de mi dama.

Te regaré los caminos
de achófor y piedras finas
y saldré ya a recibirla
legua y media de Granada.

Ellos en estas palabras
el Sidi por ahí pasara:
-De tus amores el Sidi,
tirárame de esta ventana.

-Si te tiras, en mi vida,
te recibo en mis palmas.
Otro día en la mañana
las ricas bodas se armaran.

XXIX

Otro romance recogido entre los sefardíes de Marruecos, en el que se la generosidad de un alcaide andaluz que defiende la honra del marido de su amada

Donde hay damas, hay amor,
donde hay gentileza y gala,
en la noble Andalucía
un gran alcaide alcaidaba:

alto es y gentilhombre,
hermoso y de buena gracia,
fortunoso en el dinero
y fortunoso en las armas,

fortunoso en los amores
y en los tratos que trataba.
Un trato trató de amor
con una hermosa dama;

la mandó muchos billetes,
muchos billetes y alhajas,
y todo se lo volvió,
que era casada y honrada.

Un día estando almorzando
con su marido a la mesa,
tanto bien dijera de él
que a ella se le asongraciara;

no se levantó de allí
mas que de amores tocada.
Tomara tinta y papel,
y al punto escribió una carta;

tomó dama de secreto
y el billete le mandara.
El conde estaba almorzando,
vido el billete en la halda:

-Si es hombre u es mujer,
muy bien le será su paga.
Quitóse paños de siempre,
[y] se puso los de la pascua;

cabalgó caballo blanco,
que el rey no le cabalgaba;
fuese paso tras de paso
hasta que llegó a la casa;

con un anillo muy fino
diera un golpe en la ventana.
La dama estaba en aviso,
no se tardó en su llegada.

-¿De ánde me vino este bien?-.
¿De ánde me vino esa gracia?
-Ayer estando almorzando
con mi marido a la mesa,

tanto bien dijo de ti

que a mí te me asongraciaras.
-Si es tu marido, señora,
no le faltará en su dama.